

H. Gómez Holguín.

AGUA FUERTE

UNA mancha overa pone en la mitad de los pastizales esa bestia, a quien Dios puso en sus cuernos una actitud femenina, casi dulce, de rulo, apenas endurecido. Tiene el porte, sin duda, de los toros, de aquellos que hinchan el cuello en un afán de mostrarse por encima de la castradura recia, pero plebeya de los bueyes.

Tiene también esa seguridad maternal de las vacas que afeitan sus narices rosadas con la punta de sus lenguas casi blancas, como torrejas de melón.

Y el conjunto hace de él, un animal que encanta y que enarbola miedo, cuando no se le puede precisar bien el sexo, así de repente, en medio del campo, que tiene la anchura de lo que nunca se ha saciado en el límite, o la angustia de las ansias que se alejan siempre, buscando el nuevo placer para el gusto, o simplemente, para el tacto.

Bien de cerca tiene algo de la estructura de esos hombres maduros, recogidos, que no apuntan en su vida ninguna aventura de galantería, ni refinada ni asquerosa, hasta el extremo mismo de ignorar la forma del triángulo rubio o moreno del goce.

Es como ellos, con unas ancas firmes, donde bien podría sujetarse con comodidad el par de muslos de un macho rijoso. Tiene como ellos, la cadera plana, es-

peranzada, como los azafates, donde cabe todo, o como las piedras de moler, donde se hace harina el trigo que se ha de amasar en pan.

Son ancas donde se levanta y se esconde la vida, con sus renunciados y con sus altiveces, por eso no pueden ser ni de hembras ni de machos. Las pierde del análisis más íntimo, esa conjunción alegremente demostrada, de la dualidad, hecha masa.

Los remos mismos tienen la finura de una mujer alta, hasta la rodilla, y la ampulosidad obesa de un hombre masudo, hasta el ijar, donde nunca podría caber la gracia leve de un hijo.

Y así resulta admirable, mirado por detrás, este animal hermafrodito, fino de pezuña y casi huérfano de rabo, tal vez para que mejor se aprecie su magnífica naturaleza, por lo indescifrable o por lo misterioso, en medio de esta sociedad de animales que le rodea y donde no se le reprocha, porque hay que reconocerle una elegancia que no tienen las bestias normales, las bestias demasiado normales.

Es indiferente, sin embargo con quienes le miran pasar lento o nervioso, como si de repente le atormentara alguna idea audaz de la que no quisiera ser dueño ni por un solo instante.

Por eso, cuando los piños enardecen a los que tienen la facultad de hacerse heredar, se abstiene de ir en el centro, porque le disgusta el apretón sudoroso, cuando ha debido padecer largas jornadas, y porque también se estropea la piel, en la violencia con que las bestias se hacen expedito el camino.

El va siempre detrás, contando con el beneplácito silencioso de los arreadores, que no le tienen lástima, ni mucho menos, pero que nunca le han pegado un azote porque les parece extraño este animal ceremonioso como una mujer mirándose al espejo.

La cara misma del hermafrodito les parece la de un adolescente que tuviera miedo de vivir en medio de

una exuberancia espantosa de instintos, como son los de una manada o los de un rebaño. Y así consigue vivir tranquilo, con un arreador consciente de su naturaleza y con un ganado que tal vez sintiéndose por encima de su suerte, a él le parece comprensivo.

A veces le entusiasma algún ternero rollizo, con la punta del cuerno recién nacida, y busca las quebradas que tienen toda la semejanza de un lecho blando y oloroso, para entregarse a un detallado programa de sutilezas, que el ternero piensa maternales, y que el hermafrodita sólo considera para la satisfacción íntima de sus apetitos.

Y así es como establece una contradicción fuera de toda medida, por que prefiere, dentro de su propia contextura, la reciedumbre de un ternero joven, bien hecho, casi atleta, a la gracia suave y lánguida de alguna ternera que muestre la seda virgen de su sexo, como un plátano pequeño y sin violar.

El renuncio mismo no le ha cogido nunca, de repente, ni a conciencia y si ha llegado a la insinuación deliberada y elegante, no se sabe de que haya caído alguna vez en la generosidad de su cuerpo o en la violencia con los extraños.

Por eso las bestias vulgares, las que hacen una patente demostración de su fuerza cuando son propicias a la herencia, como cuando han renunciado a ella y se entregan a las más comunes labores diarias, le respetan, porque nunca ha caído sobre su nuca demasiado fina el yugo infamante o la coyunda abrazadora.

Y sólo pone en mitad de los pastizales lujuriosos, su tono overo, como una inverosímil mariposa.

Ovalle, 1931.